



Revista de la Educación Superior

ISSN: 0185-2760

editor@anuies.mx

Asociación Nacional de Universidades e  
Instituciones de Educación Superior  
México

Camou, Antonio

Pensamiento universitario: entre la memoria y la utopía

Revista de la Educación Superior, vol. XXXVIII(3), núm. 151, julio-septiembre, 2009, pp. 7

-16

Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior  
Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=60416811002>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

# PENSAMIENTO UNIVERSITARIO: ENTRE LA MEMORIA Y LA UTOPIA

*¿No somos acaso una fantasía organizada?*  
Paul Valéry, *El alma y la danza*.

ANTONIO CAMOU\*

El domingo 12 de julio falleció en Buenos Aires nuestro querido amigo Pedro Krotsch. Cercado desde hacía tiempo por una cruel enfermedad se fue a los 67 años, pero como dicen los hermanos mexicanos “le hizo la lucha” hasta el final, enfrentando esa batalla con valentía y presencia de ánimo, con humor e ironía, con esa sonrisa bien plantada de los que saben que los partidos hay que jugarlos hasta el último minuto.

Mientras tanto, continuó atendiendo sus obligaciones de gestión con la Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria (CONEAU), y mantuvo a flote sus compromisos académicos con la Universidad de Buenos Aires (UBA), y con nuestra universidad, donde se desempeñaba como profesor e investigador del Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, y como miembro del Comité Científico de la Especialización en Docencia Universitaria.

Dueño de una vasta y reconocida trayectoria en el campo sociológico, tanto en Argentina como en el extranjero, Pedro será especialmente estimado por las jóvenes generaciones como un auténtico maestro, cálido y generoso, afable e ilustrado, apasionado e inspirador, en la guía de estudiantes y graduados por la senda de un pensamiento crítico y plural; será también recordado como un decidido impulsor de numerosas iniciativas institucionales para el desarrollo de las ciencias sociales en el país; y será largamente leído por sus múltiples y valiosos aportes intelectuales a la sociología de la educación y a los estudios de educación superior, de los que fue un verdadero pionero en nuestro medio. Sin contar los numerosos artículos en revistas nacionales e internacionales, su participación en congresos o contribuciones en variados volúmenes, entre sus libros podemos mencionar *Universidad y evaluación. Estado del debate* (1994), *Educación superior y reformas comparadas* (2001), *La universidad cautiva. Legados, marcas y horizontes* (2002), *Las miradas de la universidad* (2003), *Evaluando la evaluación: políticas universitarias, instituciones y actores en Argentina y América Latina* (2007), y el más reciente, *De la proliferación de títulos y el desarrollo disciplinario en las universidades argentinas* (2008).

Se había graduado como sociólogo en 1968 y su compromiso político lo llevó a ocupar, entre 1973 y 1975, la Dirección Nacional de Educación Técnica Agropecuaria en el Ministerio de Educación, en la que puso en marcha una gestión orientada por las ideas del pedagogo brasileño Paulo Freire. Amenazado por la Triple A se exilió con su familia en Brasil y posteriormente en México,

---

\* Profesor-investigador del Departamento de Sociología, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Docente de postgrado de la Universidad de San Andrés  
Correo e: antoniocamou@yahoo.com.ar

donde realizó sus estudios de Maestría en Estudios Latinoamericanos en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), y desarrolló investigaciones vinculadas a la problemática agraria y a las condiciones de vida de las comunidades indígena-campesinas. Regresó con la democracia, y desde entonces combinó el desarrollo de su obra académica con diferentes e importantes responsabilidades institucionales. Cabe recordar que fue Secretario de Posgrado de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA (1990 y 1998), Director del Instituto de Investigaciones Sociales Gino Germani (2001-2005), y desde 2005 era miembro de la CONEAU, en representación de las universidades nacionales. Su colega, Pablo Alabarces, rememora algunos tramos de esa experiencia:

Pedro... fue el primer secretario de Posgrado de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, durante la gestión del recordado Juan Carlos Portantiero. En ese periodo, inauguró las primeras maestrías de la Facultad, la de Investigación en Ciencias Sociales y la de Políticas Sociales, así como inició el proceso de creación de la de Comunicación y Cultura, inaugurada en 2000. En esa tarea creadora y fundacional, en momentos en que pocos entendían qué significaba la posgraduación en nuestra disciplinas, Pedro fue decisivo, a partir de una mirada multidisciplinaria y anticorporativa que enfatizaba en la necesidad de entender el posgrado como el espacio común por excelencia de nuestra Facultad. En esa misma línea impulsó de manera decidida la creación del Doctorado en Ciencias Sociales, con la discusión de los primeros borradores reglamentarios que finalmente llevaron a su apertura en 1999. Pedro fue también director del Instituto de Investigaciones Gino Germani entre 2001 y 2005, periodo en el que el Instituto consolidó el ímpetu de crecimiento que lo caracteriza desde su creación.

Entre otras de sus más celebradas iniciativas hay que resaltar la organización y coordinación académica de la serie de encuentros nacionales e internacionales sobre La Universidad como Objeto de Investigación. Los dos primeros se realizaron en la Universidad de Buenos Aires (1995 y 1997), y después de un paréntesis, el tercero fue organizado por la Universidad Nacional de La Plata en el año 2002, para comenzar de allí en más un estimulante y deseado recorrido federal: la Universidad Nacional de Tucumán en 2004, a través del trabajo de Alicia Burgos, se hizo cargo de la organización del cuarto encuentro nacional, que fue también el primero de carácter latinoamericano; y luego el quinto encuentro (segundo latinoamericano) lo organizó la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires en 2007, bajo la tutela de Sonia Araujo.

Como lo resaltan las actas del Primer Encuentro, esas reuniones tuvieron desde su origen una idea fuerza: “saldar la fractura entre las prácticas cotidianas de los actores en la universidad y la reflexión acerca de las condiciones institucionales y sistémicas en las que se desarrollan”. De ahí que entre sus objetivos principales figuraran la construcción, sobre bases democráticas, de “los cimientos de los que hoy se denominan Estudios sobre la Universidad”, y la “promoción de la investigación sobre la universidad desde la propia universidad..., reforzando la autonomía y evitando que las prioridades de investigación así como los procesos investigativos sean controlados en forma heterónoma”. Desde aquellas primeras ediciones a las últimas, estos encuentros han reunido centenares de especialistas y actores universitarios para la reflexión conjunta sobre la problemática universitaria en nuestro país y en América Latina. En noviembre de este año, el sexto encuentro se

realizará en la Universidad Nacional de Córdoba, y será el primero en el que Pedro no esté allí para aportarnos su saber y su experiencia, y también para dispararnos sus perplejidades, sus comentarios estimulantes, o sus bromas ocurrentes.

---

## La fantasía organizada

Pero sin duda, una de sus creaciones más entrañables y originales ha sido la fundación y dirección ininterrumpida de la revista *Pensamiento Universitario*, que desde hace más de quince años es un referente clave para el debate de los problemas de la educación superior. A través de sus páginas, de sus reflexiones críticas, de sus diversas y plurales colaboraciones, de su “fantasía organizada”, Pedro logró plasmar uno de sus logros más sentidos: hacer un aporte fundamental a la construcción de un campo de estudios sobre la educación superior en nuestro país, estrechamente vinculado a la mejor producción científica latinoamericana e internacional<sup>1</sup>.

En su número de lanzamiento, fechado en noviembre de 1993, decía en la nota editorial: “Esta revista pretende contribuir a estimular el pensamiento y la reflexión universitaria a través de la investigación de todas aquellas problemáticas que atañen a la universidad”. Pero *Pensamiento* no venía a llenar un hueco, más bien de lo que se trataba era de abrirlo, remarcando “la debilidad de los instrumentos conceptuales disponibles para comprender los problemas de la propia universidad”, y poniendo en evidencia la “necesidad imperiosa de actualizar la reflexión teórica y fundar los juicios en más información empírica”. Siguiendo la huella de los discursos y las orientaciones de los actores, la revista venía a decirnos –provocativamente– que la universidad no había sido “aún descubierta en todo aquello que permite referirse a ella como una organización compleja”.

Abierta a distintas corrientes y aportes, la publicación buscaba “construir espacios para una reflexión independiente y comprometida”, antes que “consagrar alternativas” ya cerradas. En esos espacios sería posible para los actores y estudiosos del mundo universitario “recuperar la memoria, incorporarse al debate contemporáneo y reconocer los procesos mediante los que se producen y reproducen” las instituciones universitarias, como condición habilitadora –para decirlo con un Bourdieu caro a Pedro– del siempre trabajoso desafío de objetivar al sujeto objetivante.

De este modo, al despuntar los primeros años de la década de los años noventa, *Pensamiento* ponía en marcha un programa intelectual –estimulante e innovador– que de entrada tenía en claro por dónde vendrían alguna de sus adversidades: “Hoy, los procesos de globalización económica y cultural, y la pérdida simultánea de la vieja centralidad local e institucional de la universidad, modifican los modos tradicionales de pensarla al tiempo que obligan a la construcción de un discurso alternativo a la matriz conceptual que hace de la empresa y del mercado el supuesto único de toda racionalidad”. Frente a ello, se alzaba el compromiso con una divisa que estaba en el pasado pero también en el futuro de la universidad: “el sentido último de la búsqueda... de autonomía universitaria fue la independencia de los poderes económicos, políticos y religiosos, condición a la vez de toda interacción fecunda con su entorno. La universidad y en particular la universidad pública pretendió y se propone aún hoy ser el lugar del pensamiento crítico y de la densidad que confiere el aventurarse en el horizonte del largo plazo”.

---

<sup>1</sup> En la actualidad, gracias al encomiable trabajo de la Red Argentina de Postgrados en Educación Superior (RAPES), de la que por cierto Pedro fue parte desde su origen, la revista se encuentra disponible en versión digital: <http://rapes.unsl.edu.ar/>.

Claro que esa autonomía crítica que enarbolaba como bandera, *Pensamiento* la practicó en tinta propia. En el pie de imprenta de todas las ediciones de la revista hay una nota que vale la pena resaltar. Se lee allí: “publicación independiente de periodicidad cuatrimestral”. Lo de cuatrimestral hay que anotarlo a cuenta de algún raptó voluntarista que a Pedro nunca nadie le echó en falta; pero lo de independiente es un poco más complejo. En principio porque Pedro fue siempre muy celoso de la autonomía de *Pensamiento*, concebida desde el vamos como una publicación que no podía depender institucional o financieramente de una universidad en particular, del gobierno o del sector empresario. Su libertad de pensar le imponía así la dura tarea de llevarla adelante sin el cobijo protector, pero eventualmente subordinante, de una organización académica o estatal única. Por tal razón, aquella declaración editorial de independencia era también un elegante eufemismo para decir que la revista era hecha a pulmón y con enormes sacrificios personales, familiares y de amigos. Más allá de pequeños, dispersos y cambiantes apoyos económicos o institucionales, que eran los únicos que se permitía, Pedro *hacía* –literalmente hablando– la revista, y a lo más contaba con un estrechísimo círculo de fieles que lo secundaba. Pero era él quien armaba el número, pedía los artículos, los hacía traducir, los revisaba, cuidaba la estética, llevaba los originales a la imprenta, y luego, entre taxis y colectivos, o entre aviones y países, acarrea los paquetes y distribuía los ejemplares. Así durante quince años.

---

## Entre la memoria y la utopía

Pero el programa intelectual de *Pensamiento* se inscribía en un espacio de indagaciones y motivos a la vez más profundo, más antiguo y más abarcador. Creo no equivocarme por mucho si digo que una preocupación central de Pedro era el desarrollo (o mejor dicho, la falta de desarrollo) de Argentina, tanto en su dimensión político-institucional como en su faceta económica y social. Por eso, en ese “horizonte del largo plazo” al que se refería en la presentación de la revista, entiendo que nunca dejó de latir esa inaugural obsesión sarmientina por la educación y la ciencia como condición de posibilidad y herramienta de un desarrollo autónomo y equitativo. De ahí sus referencias a la semántica de la decadencia argentina como ominosa contracara de posibilidades abiertas que se frustraban o de oportunidades que recurrentemente se perdían. De ahí también el impulso que en los últimos tiempos lo había llevado al estudio de la experiencia de los países asiáticos, y a poner en marcha –junto con su compañera Carolina Mera– el Centro de Estudios Corea-Argentina.

En esa estela de preocupaciones hay una reveladora intervención de Pedro, en un debate público en medio de la crisis de la UBA de 2006, que permite leer en filigrana las pistas que conectaban muchas de sus búsquedas intelectuales y políticas. Decía allí:

Quiero señalar primero algunas cuestiones referidas a mi interés por la cuestión universitaria, por esta institución axial de la modernidad y vital para nuestra historia como nación. En realidad, mi interés por la universidad como un objeto de estudio tiene que ver con preguntas que me hacía desde México, algunas preguntas que me hacía relativas al por qué de la “decadencia” de la Argentina tal como se podía percibir desde fuera del país. Supuse que en principio, un elemento que parecería tener mucho que ver, incidencia poco estudiada entonces, pero central en la historia argentina luego del treinta, podía ser el (papel) de la Iglesia, y el control y hegemonía cultural y moral que tuvo sobre la Argentina desde un

talante antimoderno y antiilustrado, basado en la persecución de todo lo que de alguna manera (podía) vincularse al liberalismo o marxismo en el cual por cierto el integrismo católico tuvo un papel fundamental. Las universidades, la cultura y la ciencia desde esta perspectiva político-cultural fueron durante décadas objeto de persecución y sospecha como bien sabemos. Vinculado siempre a la inquietud por las instituciones consideré luego que la universidad era un ámbito más vital e interesante de abordar como objeto de estudio pero siempre desde esa pregunta inicial relacionada con la decadencia institucional, cultural, científica de nuestro país. Cuestión que desde el punto de vista comparado incluso dentro del ámbito latinoamericano es evidente si pensamos en la evolución en materia de ciencia y desarrollo universitario. De ahí ese interés por la memoria, los actores, la historia y el futuro de la institución universitaria.

En ese campo de lejanas y pertinaces cuestiones, creo, se comprende mejor el aliento utópico y la vigilancia epistemológica que instigaba su manera de leer la problemática universitaria. En principio, una estrategia centrada en leer el acontecimiento, el cambio rápido, la alteración fugitiva, como proceso histórico, como red de relaciones y conflictos estructurales que vinculaban, pero también moldeaban, a los actores, sus memorias, sus imaginarios, sus proyectos y sus prácticas. Por eso la historia institucional era para Pedro no solamente una herramienta de comprensión, era parte de un cometido deconstructivo y una palanca de transformación: allí donde la historia y la memoria entraban en resonancia, se angostaba la capacidad movilizadora de la consigna fácil –cosificada, cosificadora–, y se abrían nuevos campos de posibilidad para los actores. “Hablamos mucho de la universidad, hablamos mucho de la historia, hablamos mucho de la Reforma, decía, pero es muy poco lo que se lee, lo que se trabaja y sabe desde el punto de vista de los actores universitarios sobre la historia concreta de nuestras instituciones” (2006). Con los aportes de ese nuevo saber, entonces, podía emerger también una nueva actitud reflexiva, aunque no estática o meramente contemplativa, donde los contendientes aprendieran del camino que los había llevado hasta allí, y quizá también pudieran apostar por nuevos rumbos, por otros proyectos, por otras luchas.

Esa centralidad de los conflictos estructurales, históricamente constituidos, lo hacía una y otra vez recorrer la tensión entre pasado y presente a la hora de entender la problemática universitaria argentina. En ese debate de 2006, justamente, se dejan leer algunos de los ejes de su reflexión: la inercia histórica de la universidad colonial; las tensiones entre profesiones liberales y desarrollo científico, con sus lógicas disciplinares divergentes y sus pretensiones hegemónicas; la escasamente productiva relación entre el Estado y la universidad, ya sea por cómodas ausencias y cerrazones, o por trágicos desbordes autoritarios, con la consiguiente orfandad de una dirección estratégica y democrática; la conflictiva y ambivalente experiencia del primer peronismo, con su doble herencia de “escolasticismo” y de desarrollo tecnológico; los complejos procesos de modernización institucional, modernización disciplinaria y radicalización política que se abren a partir del año 55; los nefastos efectos del doble quiebre autoritario (1966 y 1976), y posteriormente, la no menos ambivalente y conflictiva realidad que emergió a partir de la recuperación democrática: “La universidad democrática del año 83 –señalaba en aquel debate– fue también la de la restauración del profesionalismo, independientemente de los esfuerzos que se hayan hecho en el campo científico, y ahora también de la hegemonía de lo político-partidario”. Por eso, utilizando un concepto del sociólogo mexicano Adrián Acosta Silva, Pedro leía con mirada crítica la experiencia universitaria que tenía ante sus ojos:

Diría que a partir del '83 lo que vemos emerger es una especie de “ensamblaje conflictivo”, pero ensamblaje al fin, que ha madurado entre lo que podemos llamar las carreras orientadas a las profesiones liberales, que son mayoritarias como podemos ver a través de la matrícula..., (con) poca prevalencia de tiempos completos... (y) poca identidad de los actores en términos de su referencia a los valores, normas y recursos de la universidad y, por otro lado, ...el campo político-partidario, que es al mismo tiempo una forma de privatización del espacio público, que niega por esta vía el carácter político-universal que hace a la universalidad y a la esencia de la universidad como espacio de creación de conocimiento y cultura, es decir, pone en cuestión su talante naturalmente meritocrático que lo diferencia del campo de representación ciudadana (2006).

Más allá de la inmediata coyuntura, a su juicio era necesario ahondar en los legados históricos, las marcas y los horizontes que tramaban la lógica profunda del mundo universitario. En ese sentido, advertía, “el problema de la universidad que queremos no depende tanto del Estatuto cuanto de los actores que le dan vida, se trata de qué representan los representantes y a quiénes representan, en términos de intereses y construcción de lógicas de poder y de Facultades y disciplinas hegemónicas al decir del viejo Kant y también de Bourdieu”. Ante esa perspectiva es que se preguntaba “si lo que se está pariendo es una nueva institucionalidad o simplemente un proceso de desinstitucionalización y creciente entropía cuyas manifestaciones prácticas para la UBA y el país aún no son del todo previsibles” (2006).

---

## El laboratorio fecundo

La Plata será, pues, el laboratorio fecundo de experiencias que en las otras universidades no es posible emprender...  
 Joaquín V. González, *La Universidad Nacional de La Plata. Memoria sobre su fundación*,  
 Sección Primera (1905)

Pedro amaba y sufría al país, y a la Universidad de Buenos Aires, como solamente se puede sufrir por las cosas que se quieren tanto, pero desde hacía ya bastante tiempo había construido con la Universidad Nacional de La Plata un vínculo afectivo y académico especial. Desde la última parte de los años noventa, cuando fue invitado por Cristina Tortti y Carlos Prego al Departamento de Sociología, Pedro comenzó a impartir regularmente un Seminario-Taller sobre la problemática universitaria, dirigió tesinas de licenciatura, becarios y tesistas de posgrado, lideró varios proyectos de investigación referidos a la problemática de las políticas de evaluación en el ámbito universitario, publicó varios libros, y coordinó jornadas, seminarios y coloquios, con invitados nacionales y extranjeros.

En 1999 radicó en el Departamento un proyecto de investigación sobre las relaciones entre el Estado y la universidad que terminó siendo un verdadero programa, y en torno al cual se conformó un grupo de profesores-investigadores, graduados y estudiantes con diferente formación disciplinar, y de distintas pertenencias institucionales, pero con preocupaciones comunes: estudiar la universidad como actor y como institución compleja, como sujeto de cambios y objeto de políticas, como pro-

blema de investigación y como espacio de producción crítica de saberes y visiones. Ese programa fue una manera de entablar un diálogo crítico con todos los actores del campo universitario, bajo el supuesto de que sólo a partir de la construcción colectiva de una nueva visión sobre la universidad sería posible su transformación.

Haciendo una cuenta rápida, Pedro debía conocer todas y cada una de las universidades del país.

Allí lo llevaban sus habituales peregrinajes como docente de posgrado, sus curiosidades de investigador o alguna tarea puntual de asesoría. En todos lados juntaba amigos, inspiraba investigaciones, despertaba curiosidades o entusiasmaba tesis; en muchas de esas instituciones, además, supervisaba algún grupo de trabajo o desarrollaba actividades con cierta regularidad: de San Luis a la Patagonia Austral, de Litoral a Quilmes, de Comahue a Tandil, de Córdoba a Mar del Plata, de Tucumán a Lanús. Pero en el caso particular de La Plata, además de su compromiso académico, se sentía especialmente atraído por recuperar algo de su espíritu fundacional, y volvía una y otra vez al pensamiento de Joaquín V. González.

Por ese derrotero, estimuló a varios contingentes de alumnos y alumnas a investigar en detalle la historia institucional y científica de una universidad que se había pensado diferente desde su origen. Como decía la *Memoria sobre su Fundación*:

“Tampoco creo que haya en el país mucho ambiente ni espacio bastante para una tercera universidad del tipo de las clásicas de Buenos Aires y Córdoba; pero precisamente, en esa convicción, pienso que una tercera universidad de tipo moderno y experimental, que se aparte de aquellas por su organización, diferente carácter y métodos de sus estudios, sistema de gobierno interior y direcciones especiales y prácticas de sus diversas secciones, no sólo tendría cabida fácil, sino que respondería a una necesidad evidente de todas las clases sociales de la Nación, y en particular, de las que miran más a la prosperidad general, bajo su faz científica y económica” (González, 1905: 3).

Esa lejana impronta científica, experimental, innovadora, comprensiblemente despertaba en Pedro jirones de recuerdos de lo que tal vez había sido la universidad argentina de los años sesenta, en la que él se había formado; y quizá también encendía destellos de sentido en favor de cierto concepto de universidad humboldtiana, ya como categoría histórica, ya como ideal regulativo, sobre cuyo pensamiento merodeaba con frecuencia:

La universidad moderna, la universidad humboldtiana, la “idea de universidad”, que pretende vincular ciencia, investigación y enseñanza en el marco unificador de una “*Bildung*” en tanto formación científica pensada como ciencia pura y estetizada por la cultura, ha recorrido todas las representaciones acerca de lo que debe ser una universidad, así como de su propia autocomprensión desde 1810 hasta nuestros días, en que su puesta en cuestión parece tomar un giro radical (Krotsch, 2007: 9).



Tal vez por esas inspiradoras resonancias Pedro decidió que uno de sus libros más queridos, *La Universidad Cautiva*, tuviera la siguiente dedicatoria: “a la Universidad Nacional de La Plata, cuya historia estimuló nuestras reflexiones”; y luego anotó en su Prólogo, escrito en medio de la crisis de 2001:

La Universidad Nacional de La Plata es sin duda un espacio promisorio para la investigación. Ha sido la primera universidad pensada en torno a un perfil científico en un momento en que la denominada “universidad de los abogados” constituía el modelo hegemónico... No cabe duda de que en ella permanece, bajo la forma de un mito y también de una saga, la idea de una misión que permita forjar la universidad nueva. Esperamos poder contribuir de alguna manera a la realización de este ideal, aún en tiempos en los que la desesperanza y el desasosiego impiden muchas veces extender la mirada y forjar horizontes (Krotsch, 2002: 11).

---

## Ofrenda cuori

Conocí a Pedro una tarde de pura casualidad. Fue en un bar que ya no existe en la esquina de Pueyrredón y Santa Fe. Tuvo que ser el año 1988. Estábamos con una amiga común, que como él también se había exiliado en México, y se acercó a nuestra mesa a saludar. Mi recuerdo de estos días lo viste con camisa y pantalón de jean, y según cómo me agarran las horas juega (o no juega) con una pipa entre los dedos. Pero de lo que estoy absolutamente seguro es que se la pasó haciendo chistes sobre el paso del tiempo y el desmesurado crecimiento de sus hijos, ya para entonces inalcanzablemente altos. Estaba un poco apurado porque lo esperaban en el cóctel de presentación de una ONG: “Organización no gubernamental”. Me acuerdo que nos descifró la sigla porque alguno de nosotros puso cara de interrogación. Mi amiga era muy culta, así que tuve que ser yo, que de puro ignorante tal vez era la primera vez que escuchaba esa palabra. Volvimos a encontrarnos en La Plata diez años después, a mi vuelta de México, en las diminutas oficinas que el Departamento de Sociología tenía en el cuarto piso de la Facultad de Humanidades. Para entonces ya teníamos muchos más amigos en común, mexicanos o “argenmex”, aunque él por supuesto no guardaba el más mínimo registro de aquel brumoso encuentro. Nos fuimos a comer a *Meszoogiorno*, y desde entonces ha sido para mí un privilegio laborar a su lado.

Había que tener un corazón de piedra para no querer a Pedro. Su mano generosa, su mirada comprensiva, su conversación inteligente, su humor impagable, su sonrisa cómplice, nos trasladaban sin solución de continuidad a esa cálida región donde se cultivan las amistades que resisten todos los chubascos. Pero quizá también ese cariño a flor de abrazos generaba la ilusión de un conocimiento profundo, allí donde sólo estábamos en la antesala de algo que vendría siempre después, o que no vendría nunca, silbando bajito por arrabales quebrados de silencios, en el amanecer del quinto whisky o en el asomo de la primera lágrima. Por mi parte, desconozco provincias enteras de su vida, y no me considero autorizado para hablar de él en primera e íntima persona. Prefiero en cambio escuchar la voz de Dora Barrancos (2009), que en su emotiva despedida escrita unas pocas horas después de su muerte, decía lo siguiente:

...sobre todas sus realizaciones, deseo evocar en el entrañable Pedro que nos deja, el apego a un modo de ser en el que sólo había lugar para las responsabilidades,

los principios y las convicciones. Solía obsesionarse con las razones profundas de nuestras debilidades como sociedad, con nuestras incapacidades para fortalecer a las instituciones republicanas cuyo déficit amenazaba los proyectos progresivos de largo plazo. Lo recordaremos por su alegría fragorosa, por la calidez de sus gestos fraternos, por el cóncavo inagotable de buena fe que lo moldeaba. Pedro fue un ejemplar humano excepcional y me honra, a la hora de esta tristeza infinita, haber sido su amiga de tantísimos años.

No hay mucho más que agregar a estas palabras, salvo el deseo de resaltar un par de rasgos en este vacilante boceto a mano alzada. Por de pronto, y pese a su innato e incomparable histrionismo, Pedro era un tipo que había que empujar al escenario; invariablemente reticente al autobombo, esquivaba sin falsa modestia las vanas luces de la figuración. En una profesión donde sobran los oropeles y las celebraciones autoconsagratorias, a duras penas Pedro juntaba los datos para actualizar un currículum, o era raro que recogiera un certificado. En los últimos tiempos, afortunadamente, Daniela Atairo, Marcelo Prati, Lucía Trotta o Sebastián Varela, barrían toda la cancha aportando –entre otras virtudes investigativas– un poco de orden en medio de esa manía de desprendimientos. Tal vez por eso lo reconfortó tanto enterarse, en sus últimas semanas de vida, que de manera conjunta, la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA y la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP, a la par que un nutrido contingente de colegas, graduados y estudiantes de diferentes instituciones, lo habían propuesto a Pedro para el prestigioso Premio Houssay a la Investigación Científica. Es oportuno destacar que Carina Kaplan, Ana Barletta y Federico Schuster mucho tuvieron que ver con esa postulación.

El otro rasgo que quiero resaltar en el final de estas líneas, es que Pedro nunca hablaba de lo que había hecho, sino de lo que estaba por hacer, del próximo proyecto, de la futura actividad que andaba tramando, del siguiente sueño sobre el que ya empezaba a conspirar. Por eso hay pedazos enteros de su trayectoria intelectual que habrá que rescatar del olvido con orfebre paciencia. Él, que le entregó tantas horas, y tantos días, y tantos años de su vida a reunir y difundir el pensamiento universitario de numerosos autores, argentinos o extranjeros, nunca puso la misma dedicación al momento de juntar sus propias publicaciones. Por eso, buena parte de sus ensayos e investigaciones, de sus variadas intervenciones (prólogos, presentaciones, comentarios, reseñas y conferencias), o de sus debates y entrevistas, vagan dispersos por libros, revistas, diarios o memorias de Congresos en distintos países. Por tal razón, reunir, ordenar y editar estos materiales es un imperioso trabajo que ha quedado pendiente, y será un acto de estricta justicia poética llevarlo adelante con arqueológica dedicación.

La otra misión que tenemos por delante es bastante más obvia. Pocos días antes de morir, Pedro nos hizo llegar un correo electrónico que Daniela tipeó con primorosa diligencia. Estaba dirigido a un grupo de colegas de su generación y a otros que habían estudiado con él o que trabajábamos bajo su dirección. Nos confirmaba el relanzamiento de *Pensamiento Universitario*, cuyo número 12 será presentado en el Encuentro de Córdoba a fin de año, y nos invitaba a participar del nuevo Consejo Asesor. No necesitaba decirlo con todas las letras, pero con ese gesto en sordina se estaba despidiendo, y nos estaba entregando también una parte de la preciosa herencia que corresponde retomar.

Pedro se ha ido, pero no nos ha dejado solos. Nos queda su querido recuerdo, su ejemplo, sus preguntas, sus búsquedas; nos aguarda un legado que debemos asumir y continuar en plural, colectiva, críticamente; nos espera también una obra que habrá que organizar y difundir, que estudiar

y discutir. Pero por sobre todas las cosas, nos deja el exigente testimonio de mantener alzadas las banderas de un insobornable compromiso ético, intelectual e institucional.

No será un trabajo fácil. Pero lo haremos como a él le hubiera gustado que lo hiciéramos. Con alegría.

La Plata, 16 de julio de 2009.

## Referencias

Acosta Silva, Adrián (2000). *Estado, políticas y universidades en un periodo de transición*, México, Universidad de Guadalajara/FCE.

Alabarces, Pablo (2009). “Adiós al compañero Pedro Krotsch”, *Blog del Socialismo Bonaerense*, 13/12/2009. Disponible en <http://igualdad-ps.blogspot.com>.

Barrancos, Dora (2009). “Adiós querido Pedro”, *Página/12*, 13/07/2009.

González, Joaquín V. (1905). *La Universidad Nacional de La Plata. Memoria sobre su fundación*, BsAs, Talleres gráficos de la Penitenciería Nacional.

Krotsch, Pedro (1993). “Presentación”, *Pensamiento Universitario*, Año 1, Nro. 1, Buenos Aires, Ediciones Lembas.

Krotsch, Pedro; María Catalina Nosiglia y Olga Pisani (1996). *Primer Encuentro Nacional: La Universidad como objeto de investigación* (1995), BsAs, CBC

Krotsch, Pedro (2002). *La Universidad Cautiva. Legados, marcas y horizontes*, La Plata, Al Margen.

Krotsch, Pedro, Antonio Camou y Marcelo Prati (Coords.) (2007). *Evaluando la evaluación: políticas universitarias, instituciones y actores en Argentina y América Latina*, BsAs, Prometeo.

Krotsch, Pedro (2006). “Mesa Debate sobre el Estatuto Universitario”, Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, 24/05/06. Disponible en <http://www.fsoc.uba.ar/archivos/institucional/>